

el cascabelico extraño
que quiere el Niño sonar.
-Dímelo tú, buen pastor,
si es que sabes, dónde está.

Pastorcicos de los montes,
pastorcicos del lugar,
busquemos todos a una
un cascabel de cristal
para que lo suene el Niño
que quiere hacerlo sonar.

-No lo hallamos en la tierra,
no lo hallamos en el mar,
no lo hallamos en el Cielo...
¿Dónde, Señora, estará?.

Al oír a los pastores
rompe María a llorar.
Una lágrima de vidrio
surcando su rostro va
y al tiempo que rueda rueda
canta y canta sin cesar.
¡Cascabelico hialino!
¡Música, plata y cristal!
Las blancas manos del Niño
lo están haciendo sonar.

Y decían los pastores:
-Ay, cascabel celestial,
no te hallamos en el cielo,
en la tierra ni en el mar...
¡Los ojos de la Señora
te hubieron de fabricar!

VILLANCICO DE LAS PAJAS

Hebras de sol y de luna
en la besanà crecidas
y en la siega recogidas
para el pesebre hecho cuna:
Si en esta Noche yo fuera
objeto de su elección
¡con cuánto gozo le diera
al Niño recién nacido
las pajas del corazón
para almohadón de su nido!

SALVADOR F. CAVA

Salvador F. Cava nació en Masegosa (Cuenca) en 1955. Es licenciado en Filología Hispánica. Vive dedicado a la docencia en Valencia. Con su poemario "Cerezas, cerezas, cerezas" obtuvo en 1986 el premio "Vicente Gaos". Promotor de revistas como "Zarza Rosa" y "La factoría valenciana", acaba de publicar una excelente novela "El círculo de cenizas". Crítico literario y ensayista de altos vuelos, es uno de los firmes valores literarios de nuestra tierra.

NAVIDAD DE LAS VOCALES POBRES

Por la frente del Niño
pasa una estrella
y un pastorcillo
quiere cogerla.

En los ojos del Niño
brilla una estrella,
y un pastorcillo
sueña con ella.

Con la risa del Niño
juega una estrella,
y un pastorcillo
teje su estela.

De la mano del Niño
duerme una estrella,
y un pastorcillo
dulce la besa.

A la cuna del Niño
yace una estrella,
y un pastorcillo
quedo la vela.

FLORENCIO MARTÍNEZ RUIZ

Florencio Martínez Ruiz, nació en Alcalá de la Vega en 1930. Escritor y periodista, dirigió diversos suplementos culturales y fue jefe de



las páginas de Cultura en ABC, durante varios años. Es autor de "Cuadernos de la Merced", "Siete cipreses conquenses", entre otros libros de ensayo como "Crónicas sobre la platina ardiente" y "Juan Alcaide". En estos momentos prepara la edición de "Verano del 51".

EL AGUINALDO

Ahora, queridos Reyes, que, en la ruta
de Oriente repartís ilusiones, acordaos
de un niño que existió, de aquel muchacho
dado, por todos, desaparecido.

Veréis, queridos Reyes. Y es que yo nada os pido
para mí. Si acaso solicito
algo para mi infancia dolorida y lejana.
Cuando paséis por Cuenca -aún recuerdo
el brillo de hojalata de la corona de Gaspar,
su mano poderosa de ogro o de hortelano-
me gustaría que buscáseis un caserón de piedra
que siempre os esperaba
en la roca montado, contando estrellas, harto
de soledad y frío, cada año.
Quisiera que os llegáseis, arriba, al Seminario.

Allí, justo en la plaza de la Merced, a mano
derecha del balcón, hay una celda
cerrada a cal y canto, pero, eso sí, con una
ventana abierta,
volada sobre el Júcar y las prohibiciones,
desbordada ahora mismo sobre mi fantasía,
con los zapatos del silencio puestos
y una carta olvidada, dirigida
al poder de vuestras Majestades.
En ella yo os quería pedir cosas sencillas
que no se compran en ninguna parte:

un poco de calor
para mis sabañones, un termo de agua, au-
diencia
con el señor Rector, un comprimido
para librar mi mente de las malas
tentaciones. No obstante,
no me atreví. Aquel año
de mil novecientos cincuenta y tres, la nieve
se interpuso cruel, murió Ricardo en casa,
helo el río sus aguas a la altura del Puente
de la Trinidad, se hundieron
unas cuevas donde habitaba gente humilde...

Nuestro aguinaldo fue a parar íntegro
a ellos. Con urgencia
pedíamos casas para los pobres, mantas
con ribetes de seda, pararrayos
con que calmar al profesor enfurecido, rezos
para librarnos del infierno. No
sabía que el más pobre era yo, que era mi in-
fancia
la necesitada; a setenta
leguas a la redonda, a doscientos
millones del afecto. He tardado
años en darme cuenta, siglos de luz. Por eso
quisiera, si aún es tiempo, que os llegáseis
cuando paséis por Cuenca al Seminario
en busca de aquel niño
desaparecido.

Si comprendéis que el mundo no va a hundirse
por ello. Y, aunque se hunda, si sois reyes
que venís cada año por el camino de Buenache
para premiar la fe, quiero
que subsanéis mi olvido. Traedme una cuchilla
Solingen, y una estampa
grande y hermosa de la Inmaculada
y unos guantes de cuero
que hagan más defendida mi vida en adelante.